

ISABELLA LAZZARINI, *COMMUNICATION AND CONFLICT. ITALIAN DIPLOMACY IN THE EARLY RENAISSANCE, 1350-1520*. OXFORD, OXFORD UNIVERSITY PRESS, 2015.
X+326 PÁGS. ISBN: 978-0-19-872741-5

RAÚL GONZÁLEZ ARÉVALO
Universidad de Granada

La historia de la diplomacia renacentista tiene un nombre propio desde mediados del siglo XX: Garrett Mattingly y su *Renaissance Diplomacy* (Oxford 1955). El historiador británico tuvo el mérito de renovar el interés por el sujeto histórico, puso al día la obra clásica decimonónica de René de Maulde la Clavière (*La diplomatie au temps de Machiavel*, París 1892) y fue pionero en el uso de una metodología novedosa en su momento. Pero precisamente el tiempo transcurrido desde su publicación hace sorprendente que no haya habido otros intentos para actualizar la materia desde entonces. No se pueden considerar tales las obras de Donald Queller en los años sesenta, centradas en la diplomacia veneciana, ni las de Vincent Ilardi, gran conocedor de los fondos para el estudio de la diplomacia en Europa Occidental, pero experto fundamentalmente de las estrategias de los Sforza de Milán.

Desde hace unos años el tema ha cobrado renovado interés de la mano de un puñado de especialistas italianos, entre los que destacan algunos nombres por derecho propio, como el de Bruno Figliuolo –impulsor además de la edición del *corpus* de los embajadores florentinos en Nápoles– o el de Francesco Senatore. Al mismo tiempo, se han multiplicado los esfuerzos por sacar adelante ediciones críticas de fondos documentales de una riqueza extraordinaria, como el de los embajadores de Mantua en Milán, mientras aumentan los proyectos relativos a los *oratores* de los Sforza, los Este y los Gonzaga en las cortes italianas, especialmente la napolitana. En este nuevo contexto historiográfico hay una especialista que ha sabido canalizar de manera integradora ese enorme flujo de informaciones que han surgido en los últimos años, sobre la base de la enorme producción historiográfica ya clásica. Con estas premisas Isabella Lazzarini, profesora de Historia Medieval en la Universidad del Molise, ha realizado un considerable esfuerzo de reflexión e innovación metodológica que la sitúa indiscutiblemente a la cabeza de los estudios de la materia. En consecuencia, la prestigiosa Oxford University Press no ha podido escoger mejor profesional para renovar su libro de cabecera sobre la diplomacia renacentista que la experta investigadora italiana.

Bajo una exposición ordenada y bien articulada reposa una metodología rompedora. Lejos de recrearse en la riqueza y la expresividad de la documentación, la autora escoge con sumo cuidado los ejemplos que mejor ilustran el discurso desarrollado, del que destacaría como principal rasgo definitorio la flexibilidad, en primer lugar temporal: obviando cesuras cronológicas rígidas que ha impuesto el paso del tiempo y la organización académica, la profesora Lazzarini extiende su estudio desde 1350 hasta 1520, un “largo siglo XV” en el que se funden los rasgos bajomedievales y los pre-modernos. En segundo lugar, flexibilidad conceptual: con ese marco cronológico se tiene presente de manera coherente el desarrollo político específico de la Península Italiana, partiendo de la premisa de que el Renacimiento fue mucho más que un fenómeno eminentemente artístico y cultural para reivindicarlo como un movimiento principalmente político –a lo que no fue ajeno el pensamiento filosófico del que emanaba– que culminó en el germen de lo que ha dado en llamarse el Estado moderno. Y en esa construcción el desarrollo de la diplomacia tuvo un papel de gran relevancia.

En tercer lugar, cabe destacar la capacidad de innovación y la flexibilidad del ensayo, que abjura de la gran narrativa que reduce el proceso diplomático renacentista al nacimiento de las embajadas permanentes. De este modo, emerge un concepto de diplomacia como una actividad política polivalente que se manifiesta en campos que normalmente se estudian por separado: la negociación, la recogida de informaciones, la representación y la comunicación. Se trata de aspectos indisolubles, íntimamente ligados entre sí, como confirma una y otra vez la autora, en una interacción constante, de modo que no tiene justificación alguna tratarlos como facetas independientes. Al mismo tiempo, se abordan por igual las distintas formas de diplomacia, desde las embajadas de corta duración a las permanentes, las acciones de espionaje o los contactos informales, rompiendo los límites que circunscriben la actividad a la alta diplomacia oficial.

Ahora bien, todo este desarrollo tiene lugar en un marco político particular en el contexto europeo, una Península Italiana fragmentada en multitud de construcciones políticas diferenciadas que incluían monarquías y principados –Sicilia y Nápoles, Milán, Ferrara, Saboya son los más relevantes, pero también están presentes las pequeñas señorías principescas– junto con repúblicas –Florencia, Génova, Siena, Venecia– que además conocieron una evolución desde la organización como ciudad-Estado hacia auténticos Estados territoriales en un proceso a veces complicado con experimentos en los que la oligarquía político-mercantil que regía el gobierno aceptaba un dominio de corte señorial, como fue el caso de las tres primeras. Por último, el Papado, potencia territorial cuyo poder espiritual tenía alcance europeo. A nadie se le escapa la dificultad de dominar un marco político tan complejo, en el que los conflictos y el recurso alternativo a las armas y a la diplomacia en todas sus variantes son constantes, en un cuadro cuya geografía política cambió constantemente, aderezado por las mutaciones y los desarrollos institucionales. Sólo un conocimiento minucioso del desarrollo político en toda su extensión espacial y temporal permitía coronar con éxito una empresa titánica.

Como no podía ser menos, las fuentes empleadas desbordan la documentación específicamente diplomática –instrucciones, informes oficiales y cifrados– para recurrir

asimismo a la normativa legal que regulaba el oficio diplomático, en un ejercicio en el que se pasa de la acción de gobierno a la práctica diplomática y viceversa sin solución de continuidad. Menos esperada quizás la presencia de los textos literarios, sin embargo actores principales en la consolidación de un lenguaje específico que en última instancia no era sino la expresión de una nueva forma de hacer política mediante la diplomacia. Toda esta innovación queda ordenadamente expuesta en la organización de la obra. Así, la primera parte analiza el marco geopolítico, las fuentes para el estudio de la materia, y sobre todo la poligénesis de la diplomacia y su evolución. Una vez establecidas las bases la autora aborda la diplomacia entendida como una acción política articulada en el triple frente al que aludía previamente: la recopilación de información, la negociación y la comunicación. De manera lógica la tercera parte se dedica a la práctica diplomática, también desde una perspectiva abierta: el oficio de *orator* entendido como un campo social abierto, en el que tenían cabida aristócratas, altos funcionarios, mercaderes, soldados, clérigos e intelectuales. A todos les unieron unos códigos que se fueron formalizando en la institución de formas, acciones y rituales específicos del medio, y la definición de los espacios físicos en los que se podía practicar. Por último, y aquí reside otra de las grandes novedades del volumen, el estudio de la diplomacia como un lenguaje político y un proceso cultural. En este contexto el lenguaje, el léxico y los intercambios proveyeron los medios para el argumento y las emociones –a las que con frecuencia se apelaba, independientemente de la sinceridad de la emoción o de la finalidad de su apelación–, codificando los rasgos de los canales para la comunicación diplomática, que podía adoptar múltiples formas.

En consecuencia, nos encontramos ante el relato más completo, concienzudo, amplio y ambicioso de la diplomacia italiana del Renacimiento, en el que se trascienden las fronteras de la Península Italiana al desarrollar relaciones de alcance continental, a través de las cuales se difundió asimismo el pensamiento humanista directamente asociado al nacimiento del Estado moderno, que alcanzó su cima con la generación de Maquiavelo y Guicciardini.

